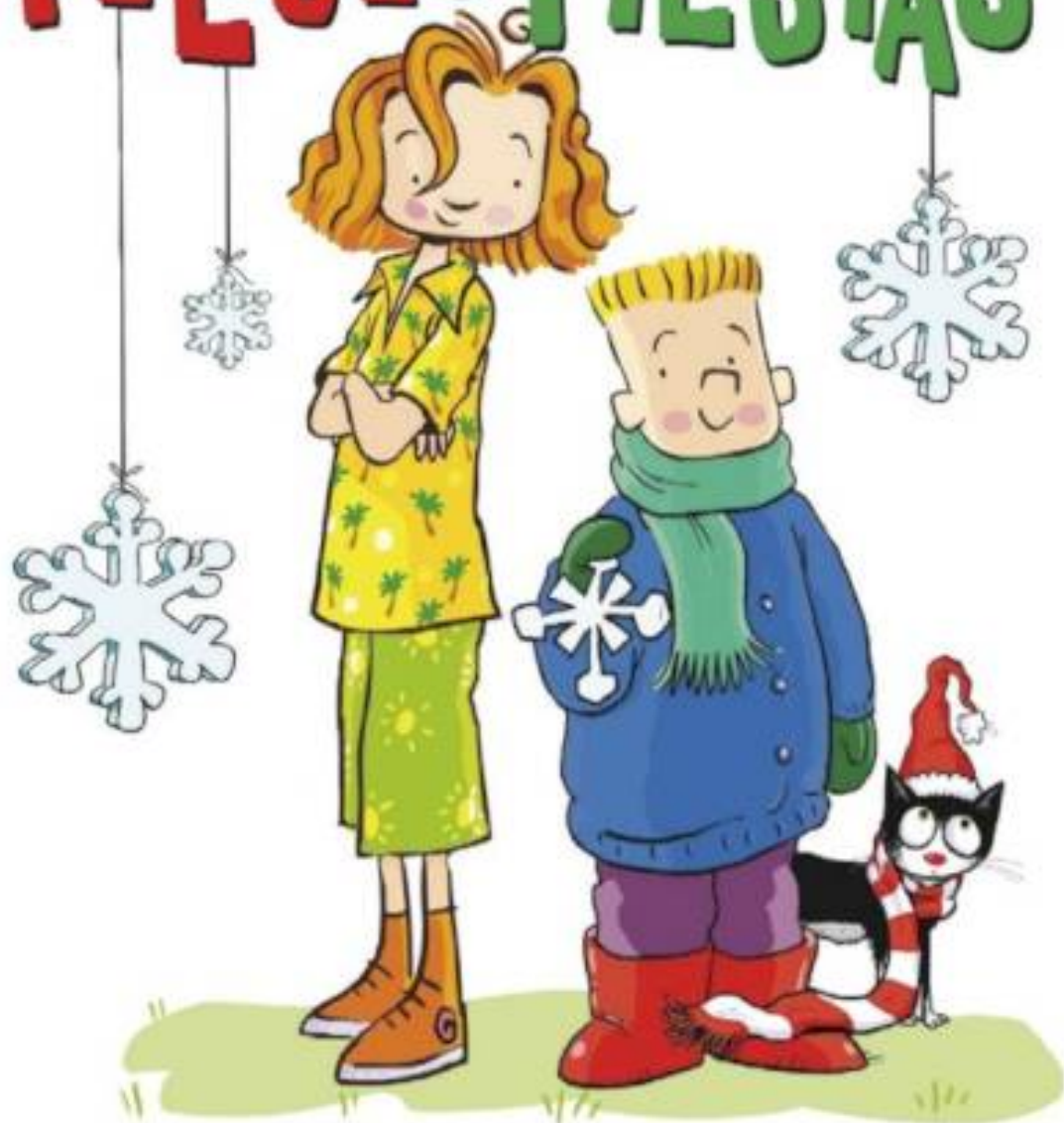


Judy Moody & Stink

FELICES FIESTAS



Megan McDonald

Ilustrado por
Peter H. Reynolds

Judy Moody está haciendo y repasando mil veces la lista de regalos que quiere para Navidad, pero su hermano Stink sólo desea una cosa: NIEVE. Como en su ciudad no ha nevado en esta fecha desde hace más de cien años, ¡las posibilidades son prácticamente nulas!

Todo indica que Stink se despertará el día de Navidad sin nieve... A no ser que Judy intervenga y, con la ayuda de un misterioso cartero llamado Jack Frost, consiga hacer realidad el milagro.

Para mi familia

Megan McDonald

Para la familia que sabe celebrar todo el año las Dou-
cettes de Dedham, Massachusetts
Bill, Cheryl, Alex y Ian

Peter H. Reynolds

Frosty, el cartero

Stink permanecía pegado a la tele para enterarse del tiempo que iba a hacer en los próximos días, cuando fuera, en el porche, sonó el timbre: «¡Ding Dong!». Stink saltó del sofá para ver quién era.

—¡El cartero! —gritó alegremente.

—Stink, espero que no hayas vuelto a escribir cartas para que te manden cosas gratis —le gritó Judy—. Papá y mamá se enfadarían mucho.

—Nopi —dijo Stink. Abrió la puerta y salió corriendo para alcanzar la furgoneta del cartero antes de que desapareciera de su vista. Le gustaba hablar con el señor Harvey, el cartero. El señor Harvey tenía una coleta y un perro llamado Chuletilla.

—¿Cómo está Chuletilla? —le preguntó Stink, pero cuando el hombre se volvió se dio cuenta que no era *para nada* su cartero. No llevaba coleta. Ni tenía la pinta de un tipo que llama a su perro Chuletilla.

El hombre tenía una melena blanca y una amplia sonrisa, una poblada barba blanca y espesas cejas, además llevaba un gorro de piel con las orejeras vueltas hacia arriba. No parecía un cartero.

—¿Quién es usted? —le preguntó Stink—. ¿Y dónde está el señor Harvey?

—Soy el nuevo cartero —dijo el hombre—. Encantado de conocerte. Me llamo Frost, pero puedes llamarme Jack —dijo el señor Frost sonriendo, guiñando un ojo y alzando sus pobladas cejas.

—¡No puede ser! ¿Quiere decir que usted es Jack Frost, o sea, Jack Escarcha? ¿De verdad? ¿No se llama así el hombre de nieve que pinta dibujos de hielo en las hojas y en las ventanas?

—El mismo —dijo el nuevo cartero—. Y adivina qué ocurre cuando un perro me muerde.

—¿Qué? —preguntó Stink.

—Se queda helado —dijo Jack.

Stink se echó a reír.

Jack Frost le entregó a Stink otros dos paquetes.

—Hoy hay entrega especial. No caben en el buzón.

—¿Viene alguno del Polo Norte? —Stink agitó las cajas.

Una venía de L. L. Beanery y olía a café. La otra pesaba tanto como si estuviera llena de libros, pero sonaba a tarta de frutas. ¡Qué asco!

—Probablemente es tarta de frutas —dijo Stink—. Mi abuela Lou nos envía una cuando se acerca la Navidad. El único que se la come es nuestro gato Mouse.

—Bueno, pues que tengas más suerte la próxima vez, ¿vale? —deseó Jack.

—Oiga, si usted es Jack Frost —dijo Stink—, se me ocurre que a lo mejor... ¡Podría traernos nieve este año! Me encanta que nieve en Navidad.

—Nieve, ¿eh? Bueno, nunca se sabe. Quizá pueda hacer algo.

—¿Podría? —se entusiasmó Stink—. ¿De verdad?

Jack Frost soltó una risita y se mesó la blanca barba, guiñando los ojos y mirando al cielo.

—Por lo que veo hay un sistema de bajas presiones acercándose. Un frente frío puede llegar aquí hacia el comienzo del fin de semana.

—¡Guau! —exclamó Stink—. ¿Sabe usted también predecir el tiempo?

—He trabajado en ello durante un montón de años. No to el tiempo en mis huesos —Jack Frost sacó la lengua—.

En este momento casi puedo sentir el sabor de la nieve en el aire.

—Yo soy un estupendo súper olfateador —aseguró Stink—. Quizá pueda olfatear el aire.

Cerró los ojos y alzó la nariz. «Sniff, sniff». Se imaginó copos de nieve cayendo sobre su lengua. «Sniff, sniff». Se imaginó una batalla con bolas de nieve. «Sniff, sniff». Se imaginó una enorme extensión blanca.

—Sí, creo que huelo la nieve —dijo Stink.

Stink y Jack Frost permanecieron quietos durante unos minutos.

Los dos miraron al oscuro cielo gris y olfatearon el aire húmedo.

—Mi hermana mayor dice que en Virginia nunca nieva —dijo Stink—. Mi hermana mayor dice que la Tierra está demasiado caliente. Mi hermana mayor dice que hay una probabilidad entre un millón de que nieve este año.

—Tu hermana mayor debe de ser muy lista, ¿no?

—Eso se cree ella.

—Bueno, podría ocurrir —dijo Jack Frost—. Hace mucho tiempo, en el invierno de 1980, cayeron más de 50 centímetros de nieve en un día. Superamos todos los récords.

—¡Guau! —exclamó Stink.

—¿Ves? A lo mejor, después de todo, se cumple tu deseo de ver una buena nevada —dijo Jack Frost—. Piensa en la «nieve». Siéntela en tus huesos.

—¡Gracias! —agradeció Stink—. He tenido suerte al encontrarme con usted. ¿Sabe? Me ha enseñado lo que tengo que pensar y todo eso.

—Bueno, no prometo nada —dijo Jack Frost con un guiño—, pero mantendré mis dedos cruzados.

—¡Estupendo, colega! —agradeció Stink.

* * *

Stink entró en casa gritando.

—Frost es un hombre estupendo... ¡Oídmelo! ¡No os lo vais a creer! ¿A que no adivináis a quién he visto?

—Al señor Harvey, el cartero —dijo Judy levantando los ojos de su hoja.

—Nones. ¿Quién tiene una gran barba blanca?

—Papá Noel.

—Otra vez te equivocas. Es Jack Frost. Acabo de hablar con él. ¡De verdad!

—¿De verdad? ¿Estaba también Superman ahí fuera? ¿O era el Ratoncito Pérez? —Judy se moría de risa.

—Te estoy diciendo la verdad verdadera. Se llama así. Pregúntaselo a él.

—Nuestro cartero es el señor Harvey —dijo Judy.

—No, ya no. Había otro hombre ahí fuera. El señor Frost. El señor Jack Frost. Sabe muchísimo de nieve y de frío y de todo eso. Me ha dicho que podríamos tener nieve esta Navidad.

—Stink, odio desilusionarte, pero Jack Frost es invisible. Algo así como un elfo diminuto o algo parecido.

—O algo parecido —repitió Stink dubitativo.

—Primero —dijo Judy contando con los dedos—: no has podido verle. Jack Frost se desliza silencioso por la noche o por la mañana temprano para depositar escarcha en las ventanas y en las hojas de los arces.

—Eso es lo que yo creía —dijo Stink.

—Segundo: Jack Frost no es CARTERO. Ya tiene un trabajo, no iba a tener dos.

—Mucha gente tiene dos trabajos —replicó Stink.

—Tercero: si fuera cartero, no estaría en Virginia donde casi nunca nieva; estaría en Alaska o en Canadá.

—Sí, claro; pero ¿por qué crees que el señor Harvey ha desaparecido y en su lugar se ha presentado aquí, en nuestra calle, Jack Frost en esta época del año? ¿Se te ha ocurrido pensar que la razón de que esté aquí puede ser que este año «nos toque a nosotros» tener nieve? Déjame que te

diga una cosa, él puede oler la nieve cuando se acerca. Y además se lo dicen sus huesos.

—¿Así que el tipo ese, Jack Frost, tiene unos huesos que hablan?

—Sí. Y dijo que para que hubiera nieve tendría que haber depresión. O baja presión, ya no me acuerdo.

—Stink, hazme caso. No ha nevado aquí en millones de años.

—¡No es verdad! —protestó Stink—. Jack Frost me dijo que un invierno cayeron más de 50 centímetros de nieve en un día.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Judy.

—Hace mucho, en 1980.

—O sea, hace «medio» millón de años. Stink, te digo que...

—Bueno, tú no eres el hombre del tiempo —dijo Stink.

—Tampoco tu Jack Frost lo es, Stink —Judy soltó un resoplido—. No, si al final voy a tener que creer todo esto que me estás contando.

Este es el momento de creer.

Preparar una lista, repasarla dos veces

Judy volvió a concentrarse en su larga lista y la repasó dos veces. No era una lista de motes para ponerle a Stink. Ni una lista de cosas que hacer cuando te aburres en casa.

Era una lista P. H. Una lista en «papel higiénico» con todas las cosas que iba a pedir por Navidad. Una Lista de Regalos.

No resultaba nada fácil escribir en papel higiénico; pero el P. H. era el único papel lo suficientemente largo para poder incluir en él todos los regalos que quería.

Judy desenrolló su lista de P. H. Salía por la puerta, cruzaba el rellano de la escalera, pasaba por el cuarto de Stink y daba la vuelta alrededor del tomo N de la enciclopedia que su hermano estaba leyendo por centésima vez.

—¿Qué haces? —protestó Stink.

—Perdona, es que estoy haciendo mi lista —explicó Judy.

—Mide lo menos mil metros —observó Stink.

—Bueno, así recibiré mil regalos.

Stink volvió a su tomo N de la enciclopedia para seguir informándose sobre los búhos, las liebres y las perdices que en invierno se vuelven blancas para poder camuflarse con la nieve, por lo que reciben el nombre de animales nivales. Leyó también sobre las diferentes formas de los copos de nieve.

Judy no acababa de entenderlo. Normalmente Stink pedía toneladas y toneladas de regalos. Montones más que Judy. Miles y miles más que su hermana.

—Stink, deberías preparar tu lista —le dijo Judy—. Sólo quedan cinco días para Navidad.

—Ya tengo preparada mi lista —contestó Stink.

—¿Dónde la tienes? —preguntó Judy.

—En mi cabeza.

—Tendrías que escribirla. Se te olvidarán cosas.

—No me olvidaré de nada.

—¿Cómo te vas a acordar de todo? Si no lo escribes.

—Vale. La escribiré —concedió Stink, arrancó una hoja limpia de su cuaderno de dibujo. Escribió algo en dos segundos y dejó el lápiz.

—¡Ya está!

—¿Ya? —preguntó Judy, ¿cómo has podido hacerlo tan deprisa? ¡Yo he estado preparando mi lista durante, por lo menos, trescientos sesenta días y pico!

Judy recogió la hoja de papel. Stink sólo había escrito una única palabra. Y la palabra era «nieve».

—¿Esto? ¿Sólo una cosa? Encima ni siquiera es un regalo.

—Pero es lo único que quiero.

—¿Ni siquiera unas botas para la nieve, ni un gorro para la nieve, ni unos pantalones para la nieve, ni unos guantes para la nieve, ni una tabla para la nieve?

—Nopi.

—¿Ni siquiera un iglú hinchable con bolas de nieve de mentira?

—Nopi.

—¿Ni siquiera una cometa que parezca un globo helado, ni una máquina que haga helados de nata-nieve?

—Bueno, la máquina de helados no estaría mal, pero no. Lo que de verdad quiero es nieve.

—Stink, eso va a ser aburridísimo.

—¡Aburridísimo! ¡No seas lerda! ¿Qué me dices de poder hacer un muñeco de nieve, y construir un fuerte de nieve y pintar en el suelo ángeles de nieve y hacer una guerra

de bolas de nieve? ¿Y patinar? ¿Y no ir al colegio a causa de la nieve?

—¿Pero tú has salido a la calle últimamente? El otro día el cartero llevaba pantalón corto. Y yo ayer vi un petirrojo.

—¡Bah, eso no tiene nada que ver!

—Stink, te lo digo en serio. Es rarísimo que nieve en Virginia. ¿Qué posibilidades hay de que nieve este año? Casi ninguna.

—Más vale que nieve —dijo Stink muy serio—, o me mudaré a Vermont.

Mele Kalikimaka

—¡Último día de colegio antes de Navidad! —exclamó Judy cuando llegó a casa. Stink y ella tiraron las mochilas sobre el sofá.

—¿Qué habéis hecho en este último día? —preguntó mamá.

—Comer caramelos rellenos —dijo Stink.

—Nosotros hemos hecho una fiesta de Navidad al estilo Hawaiano —dijo Judy.

—Sofía de los Elfos ha sido mi amiga invisible —explicó Stink.

—Nosotros hemos bebido un ponche color rosa flamenco y hemos jugado a *Pon el Mono en la Palmera*.

—Y a mí me han regalado un globo de nieve que viene desde Vermont —dijo Stink.

—El señor Todd llevaba gafas oscuras y una camisa hawaiana, nos dio a todos un «lei» —dijo Judy señalando su collar de flores— para que todos nos lo pongamos esta noche. No os olvidéis que esta noche celebramos el Décimo Festival Navideño en el Colegio.

—Nosotros hemos hecho una guía de copos de nieve —dijo Stink, rebuscando en su mochila y sacando una página llena de formas distintas—. Aunque no hay ninguno igual a otro, casi todos los copos son cristales de hielo de formas hexagonales ramificadas o en estrellas. Algunos copos tienen formas extrañas como lápices, prismas, platos o bolas.

—Nosotros hemos aprendido que «Mele Kalikimaka» significa Felices Navidades en Hawaiano.

—A nosotros nos han contado la historia del hombre que inventó cómo hacer fotografías de miles de copos de nieve.

—¿Se llamaba Jack Frost? —preguntó Judy.

—Se llamaba Copodenieve Bentley —corrigió Stink—. Está en la enciclopedia. Dos veces; en la N de nieve y también en la B de Bentley.

—En Hawai mi nombre sería I-U-K-I —dijo Judy.

—Hola, luki Tontuqui —se burló Stink.

—¡Muy gracioso! —se enfurruñó Judy—. Pues tu nombre sería K-I-M-O, se lo he preguntado al señor Todd. Kimo, timo.

—Bueno, los dos, luki y Kimo vais a tener un día estupendo —dijo mamá—. ¿Estáis preparados para la fiesta de esta tarde?

—¡Sí! —dijo Judy—. Mi clase va a cantar *Los doce días de Navidad en Hawai*. ¡Es magnífico!

—¿Qué haréis vosotros, Stink? ¿Habéis ensayado la función de *La víspera de Navidad*?

—No me lo recuerdes —dijo Stink—. Me toca otra vez hacer de ratón, Sofía de los Elfos hará de ciruela confitada y Webster de bailarín o de zorra, no me acuerdo de cuál de los dos. Y yo. Yo tengo que ser, como siempre, un ratoncito con pantalón corto. ¡Igual que todos los años!

—Puedes llevar pantalón largo —sugirió Judy.

—Por lo menos ya tienes el disfraz —dijo mamá.

—Sí, anda, pónitelo —exclamó Judy—. Déjanos ver cómo te queda, y así podremos reírnos una rato. ¡Se reirá hasta Mouse, el gato! —Judy celebró con risas su propio pareado.

—¡Muy graciosa, te crees muy graciosa! —protestó Stink—. Me gustaría hacer alguna vez de copo de nieve con forma de estrella hexagonal —deseó Stink.

—¡Copo de nieve estrellado, Stink! ¡No aparecen copos de nieve estrellados en *La víspera de Navidad*! —se burló Judy.

Stink subió a su cuarto para probarse su disfraz de ratón.

—«Y un loro en una palmera». —Judy ensayaba la canción mientras le daba la comida a Jaws—. «Y un loro en una palmera». —Judy ensayaba cantando mientras le ponía un collar con cascabeles a Mouse—. «Y un loro en una palmera» —seguía practicando Judy mientras ponía la mesa.

¿Dónde estará Stink? ¿Por qué tarda un millón de años en ponerse unas orejas de ratón?

Por fin, Stink apareció tapándose sus no-orejas-de-ratón.

—He estado pensando que «hay» doce días de Navidad. ¿Qué pasa con los otros once?

—¡Ja, ja, ja! —se rió Judy mirando lo que Stink llevaba puesto—. ¿Qué has hecho con tu disfraz de ratón? ¿Por qué vas totalmente vestido de blanco? Los ratones son pardos.

—Un ratón puede ser blanco —dijo Stink.

—Sí, los ratones de laboratorio. Los que sirven para hacer pruebas con ellos. Los que corren por laberintos. O los que les dan a las serpientes para que se los coman. No un ratón de *La víspera de Navidad*.

—Un ratón blanco va muy bien con una Navidad blanca —dijo Stink.

—A nadie le gustará que cambies, aunque te presentes como un ratón de laboratorio —se carcajeó Judy.

Un loro en una palmera

Cuando los Moody llegaron al gran salón de actos del colegio Dare aquella tarde, lo encontraron decorado con ramas verdes, piñas y muchas chucherías. Lucecitas intermitentes relucían alrededor de la puerta de entrada.

—El colegio está precioso esta tarde —dijo mamá.

—Han hecho un gran trabajo —comentó papá.

—Estaría mejor si hubiera nieve —dijo Stink.

—Esperad a ver los decorados para nuestra actuación —dijo Judy a sus padres—. Todo el escenario está preparado para que parezca Hawai. Y Frank va a traer a Cookie, su loro de carne y hueso. Y Cookie habla y todo eso.

—Creo que vosotros dos deberíais ir a reuniros con vuestros compañeros —dijo mamá.

—Y buena suerte —deseó papá.

—Buscadme —dijo Stink— cuando empiece *La víspera de Navidad*.

—Stink, quiero decir Kimo, va a ser bastante difícil no ver a un ratón de laboratorio en medio de una celebración de Navidad —dijo Judy.

* * *

Se apagaron las luces y empezó el Décimo Festival Navideño. El señor Tuxedo, el director dio la bienvenida a todo el mundo y el profesor de música tocó *Que nieve, que nieve* lentamente desde el fondo del salón.

El señor Todd era el presentador. Los primeros en actuar fueron los de infantil que cantaron la canción de la *Ortogra-*